

jos, y hoy, en París, lo que menos se encuentra es la verdadera, la antigua parisién. Existe aún; pero se va fundiendo poco á poco en la masa de las invasoras: como todas las grandes razas se ven absorbidas por las bárbaras.

Al lado de estas grandes satisfacciones morales, experimento algunas otras alegrías íntimas. Ya no tengo necesidad, como antes, para realizar mi idea, de enviar á lejanas tierras emisarios, que á fuerza de enormes gastos realicen el negocio por mi cuenta y riesgo, contribuyendo así á la disminución de mis rentas. Mi idea se desarrolla por sí misma de una manera natural, y no tengo necesidad de que mi bolsa mengüe.

Cuando digo que no se disminuye, exagero un poco, porque la verdad es que siempre hay necesidad de algunos gastos menudos. La parisién, que instalada en París vive en su hotel ó en su cuarto, rodeada de tributarios que la pagan cada uno

IV

Recojo lo que he sembrado y estoy recompensado de mi trabajo. En primer término, no tengo la satisfacción de decir que París, mi querido París ha llegado á ser, gracias á mí, el objeto de todas las emigraciones, el centro de toda atracción, pudiendo estudiarse en él todas las variedades de la especie femenina. Ya no hay necesidad de hacer grandes viajes. Al alcance de nuestra mano tenemos ya lo que en otro tiempo era necesario ir á buscar muy le-

un pequeño impuesto para ayudarla á pagar los suyos, puede tener caprichos y rasgos de desinterés que saben aprovechar los listos. Pero la inglesa, la italiana y la austriaca se ven en la obligación de poner un freno á su corazón y pensar únicamente en sus intereses. Ellas nos han conquistado, y nosotros debemos sufragar los gastos de la guerra. Pero hasta tanto que adquieren elementos puede decirse que no viven, vivaquean en algunas casas fáciles á donde concurren visitantes que depositan un pequeño óbolo. Y nada más justo: gracias á estos hospitalarios centros, sabemos dónde se pueden encontrar nuestras viajeras, las cuales á su vez, pueden recibirnos con los honores que nos son debidos y los refinamientos del lujo que no habríamos encontrado en su tienda.

Estos puntos de reunión, que seguramente habría descrito Eugenio Sue en sus misterios de París, si hubiesen existido en su tiempo, son numerosos; aunque sola-

mente cuatro gozan de algún favor. Al frente de ellos están las altas y poderosas Sras. Lareine, Lenone, Valance de Vernón y Baronne. Más adelante hablaré de la primera. La segunda, que es la que ha creado el género, es al presente propietaria de una hermosa finca y no trabaja ya más que por el gusto de fomentar las artes, y sobre todo, las artistas jóvenes. La tercera, que fué durante mucho tiempo la querida de un célebre duque, se hace siempre notar por su afición al juego y á los diamantes; y la cuarta, Baronne, antigua portera de un gran círculo en que se había creado algunas relaciones, dejó la portería para tomar un lujoso cuarto cuyas paredes, si pudieran hablar, contarían historias peregrinas de la mayor parte de nuestras impuras y alguna que otra hermosa de nuestras artistas. Se dice también, que si siguieran hablando las dichas paredes, podrían comprometer muy fácilmente á algunas mujeres de cierto tono, porque en

casa de la Baronne existe un departamento especial, con entrada particular, reservado expresamente para ciertos casos. La tal Baronne es una mujer colosal apoyada siempre en un paragua que le sirve de bastón; con la cabeza cubierta de una espesa peluca de color blanco gris, tiene en toda la extensión de la palabra, un aspecto imponente.

Pero no se vayan á confundir estos asilos de enamorados sin asilo y sin amor, con ciertas casas autorizadas por la prefectura de policía, y que son ya de dominio público, por haberlas dado á conocer dos novelistas en el *Núm. 13 de la calle Magloire* y *la casa Tellier*. Estas casas se parecen á las de que nos ocupamos, lo mismo que una mujer de boulevard á una cortesana de alto rango, ó una mujer de pueblo á una mujer de clase. Por una parte no hay más que el vicio común, barato, á precio fijo, en completa desnudez, desvergonzado, sin nada de imprevisto; en la otra, aunque siempre

es el mismo vicio, es el vicio lujoso, algo velado, con ribetes de decencia, reprimido, y en algún que otro caso inesperado. En las primeras es todo cínico, sin que los más cándidos puedan hacerse ninguna ilusión; en las otras existen algunas reticiencias que dan por resultado el que personas de mucho talento (¡oh! se necesita mucho) llegan á hacerse la ilusión de creer que tienen mucha suerte. Pero en ámbas partes se trata inúcuamente de una sola y misma cosa, de dinero; solo que en unas se ventila el asunto de una manera brutal, sin perderlo de vista un momento, y en las otras se discute sin estar presente la persona encargada de ejecutar el contrato, hasta tal punto, que si ella quiere, puede aparecer ignorante y aparecer llena de desinterés.

¿Cómo se han formado estos puntos de cita? Quizás sería interesante el investigarlo, puesto que esto es un lado de la historia de París.

Algunas mujeres consagradas al culto de Venus, y fatigadas un poco por largas devociones demasiado activas, tuvieron primeramente la idea de erigir un templo á su diosa favorita, del cual se constituyeron en guardianas, sacrificando jóvenes sacerdotisas. De esta manera podrían tener algún descanso, sin ser más que devotas pasivas, y continuar viviendo de los gastos del culto.

De la teoría se pasó pronto á la práctica,

llamando á algunos antiguos amigos al primero ó segundo piso de una casa de apariencia decente, cuyo interior era casi elegante; después, pretestando que ellas no eran suficientes para proporcionarles bastante distracción, suplicaron á algunas mujeres hermosas y de costumbres acomodaticias, pero poco conocidas, que les hiciesen compañía. Estas accedieron á sus deseos por no tener que hacer ó por curiosidad, y la mayor parte de las veces porque tenían algo que agradecer, aunque también con la esperanza de encontrar en aquella casa un protector formal ó una intriga que fuera durable. Como el protector apetecido no se presentaba, se concluía por tomar otro que valdría poco menos, ó varios protectores de ocasión, que daban juntos el dinero que habría dado el primero; de esta manera se reemplazaba la calidad por la cantidad.

La idea se desarrolló: los primeros iniciadores descubrieron el sistema á algunos de sus amigos y las primeras vestales dije-

ron á sus compañeras: « Venid con nosotras; no tendréis por qué arrepentiros.» Y poco á poco se extendió el rumor por París de que acababan de abrirse nuevos templos, discretos, misteriosos, consagrados ostensiblemente á Venus, pero en secreto á Plutón, dios de las riquezas y de la fortuna.

Tan gran noticia debia innegablemente llegar á cierto mundo en que Venus y Plutón reunidos están muy en boga; recorrió enseguida los pasillos de los teatros, empezando por los de último orden y acabando por los principales, y llegó á los almacenes en medio de las obreras de poco sueldo, y grandes ambiciones. Después dió un salto desde el piso bajo al sotabanco, en que viven las mujeres de empleados modestos, de más modestos recursos, encerradas en un círculo mezquino, sujetas al fastidio, á toda clase de privaciones y expuestas á los deseos que se desprenden naturalmente de esta situación.

La noticia, que siempre iba en aumento, se bajó al tercero, al segundo y al principal, para llegar á la mujer de clase, que abrumada de deudas desde hacía mucho tiempo, amenazada y hasta insultada algunas veces por sus acreedores personales, sin tener valor para confesárselo á su marido, sin fuerza de voluntad bastante para variar su tren y su casa, resuelve no descender y quiere sostener su lujo á cualquier precio que sea.

Desde entonces, y poco á poco, se vió de todos los puntos de París dirigirse hacia el templo una larga fila de penitentas, ocultas bajo su velo, á pié ó en coche: mujeres entretenidas que no lo estaban lo bastante; mujeres ávidas de libertad que temen los amantes á domicilio, porque poco á poco se introducen en la casa haciéndose los amos; empleadas en almacenes, que van en busca de capital para establecerse por su cuenta; artistas sin contrata ó contratadas con el vicio; comediantas más formales,

que mezclan el culto del arte al culto del dinero; mujeres de la clase media en sus postrimerías ó faltas de juicio, y extranjeras que han venido de su país para enriquecerse á nuestra costa, constituirse un dote, y volver á su país para casarse con el hombre que les agrade ó vivir á su gusto.

VI

« Para conocer tan bien esos templos, sus guardianas y sacerdotisas, se me preguntará : ¿ Debéis, sin duda alguna, haber entrado en ellos y estudiarlos? »

— Sí, lo confieso.

— ¿ Y qué habéis hecho del respeto que uno se debe á sí mismo?

— El respeto de mí mismo lo he sacrificado al respeto ajeno.

— ¿ Al de quién? decidlo.

— Es muy fácil. En primer lugar, al de

los maridos que os han abierto su casa estrechando vuestra mano, estimándoos, queriéndoos algunas veces y á quienes vosotros habláis y engaáis solapada é infamemente; al de los padres de familia á cuya confianza hacéis traición tratando de sorprender el corazón de sus hijas; al de los amigos, cuya querida deseáis; al de las mujeres á quienes hacéis mil juramentos, persuadidos hasta la saciedad de que no podéis cumplirlos. Porque vuestros amores, que juzgáis superiores á los míos, tienen como punto de partida un robo, un rapto ó un perjurio. Os encontráis una mujer que os gusta, tratáis de hacer de que ella os quiera, ella lucha, se defiende y sucumbe, y después ¿habéis reflexionado en las consecuencias de su caída? Si aquella mujer era honrada y no quería amar á nadie más que á vos ó no debía amar á nadie más que á vos solo, ¿tenéis decidida intención de no amar á nadie más que á ella, protegiéndola y ayudándola toda vuestra vida? No; solamente teníais la in-

tención y nada más que la intención, en cuyo caso no erais un hombre honrado, no os teníais el respeto que uno se debe á sí mismo. Si por el contrario, aquella mujer había sucumbido varias veces antes de conoceros y tenía ya contraída una especie de costumbre en ello, ¿por qué, ya que tratáis de darme lecciones, en lugar de levantarla, la ayudáis á caer de nuevo para que ruede en el fango. ¿No teméis rodar con ella?

¡Ah! necesito decirlo, vuestros alardes de virtud me sublevan! Si queréis ser virtuosos, es menester serlo por completo: y dadas nuestras costumbres, solamente existe una manera de serlo: casarse y guardar la fe jurada para una sola mujer, la esposa, la madre. Fuera de esto no existe nada, todo es mentira y engaño. Pues bien, yo á quien vosotros criticáis, no engaño á nadie, ni voy por los salones á decir á ésta ó á aquélla: « Sois encantadora, os adoro. Engañemos á vuestro marido, vuestro amante, vuestra familia; engañaos á vos misma que

habéis creído hasta este momento en vuestra virtud. »

Tampoco me dirijo á las casas de campo, ni á los talleres de las obreras ó al hogar del modesto empleado, ni á casa de las mujeres honradas para tratar de seducirlas con billetes de Banco aprovechándome de su necesidad, de su apuro, de su debilidad ó de su miseria.

Ni provoco ninguna caída, ni abro ningún abismo : lo único que hago es pasearme á su alrededor, y cuando alguien cae, gritar : « ¡ Venid ! ¡ venid ! » ¡ yo quiero ver ! porque una mujer que está ya en el suelo no corre riesgo de caer y no soy yo ciertamente el que tenga sobre mi conciencia su caída.

Pero todavía me decís : « Si no hubiese personas que sintieran placer en pasearse al derredor de estos abismos bajando á ellos al primer llamamiento, no se abrirían tantos por vuestros vicios. » O en otras palabras : si no hubiese hombres dispuestos á comprar mujeres, no habría ninguna que se

vendiera. Esto es muy justo. Pero entonces, quiere decir, que os encargáis de proporcionarla los medios de subsistir, ¿ no es esto ? Admitís que en Francia es igual el número de hombres y mujeres ; cada uno tiene su cada una y subviene á todas sus necesidades haciéndola vivir y vivir bien. O bien, si así lo preferis, el hombre trabaja y la mujer también lo hace por su parte. Todas las carreras y todas las industrias están abiertas para la mujer, pudiendo llegar á ser médico, abogado, banquero, legislador y recibir un salario igual al nuestro. Su imaginación, sus sentidos, su corazón no están nunca en reposo : si es joven, un marido la espera ; si es viuda, en seguida vuelve á encontrar otro marido. Si sus padres la han unido á un anciano, á un impedido ó á algún otro miserable, apenas exhala una queja, la vuelven á casar de nuevo.

Pero desgraciadamente no hay nada de esto. Nuestras costumbres, nuestras leyes

y nuestros vicios se oponen á semejantes arreglos: hay hombres que sostienen y costean diez mujeres y hay también muchas jóvenes que no pueden encontrar un solo marido, y que, sin embargo, desean trabajar, producir y ganar el pan, y no pueden conseguirlo. En todas partes se les dice: «Eso no os corresponde.» Y después de haber buscado mucho tiempo y perseguido un marido que se les escapa, no les queda más que dos recursos: ó morir de hambre y de deseo nunca satisfecho, ó caer en el abismo.

¿Acaso soy yo y mis cómplices quien las ha hecho rodar hasta caer en él? Nó, la culpa es de nuestra organización social; la fatalidad y la desgracia se apodera de ciertas criaturas, así como también hay otras que prosperan sin saber por qué. La culpa es vuestra, y sobre todo de vosotros, los que blasonáis de virtuosos, que después de haberlas amado las abandonáis sin asegurar su subsistencia, y que os casáis sin poder alimentar á vuestra mujer. Y también es

vuestra la culpa, padres de familia, que consumís todas vuestras rentas, educáis á vuestras hijas en la ociosidad y el lujo, sin pensar en su dote, viéndoos más tarde en la necesidad de casarlas con un hombre pobre como ellas. Esa nueva medianía en su existencia que antes no conocían, las impulsa á que hagan esfuerzos para salir de ella.

En resumen, todas esas infelices que vienen de lejos y de cerca, de Italia, de España ó de la China, fundando sobre nosotros unas esperanzas que nuestra depravación les ha hecho concebir; que vengan de Belleville con su bonete y la nariz al viento, de la calle Sentier, de la Chaussée-d'Antin ó del boulevard Haussemann con traje de seda y el velo echado; esas desgraciadas, vuelvo á repetir, tienen necesidad de mí y de mis semejantes y pueden considerarse como muy dichosas por encontrarse con nosotros. Si no nos tuviesen á nosotros, con nuestros hábitos de elegancia y nuestra generosidad

relativa, en lugar de caer en una fosa blanda, forrada de seda, caerían en la fosa común.

VII

— Pero la verdad es, caballero, que nos confundís lastimosamente, me dijo una voz de mujer honrada. No hacéis más que hablar de amores comprados y de mujeres que se venden. ¿Acaso no hay más que éstas? ¿No habéis conocido á ninguna que se dé? Habéis empezado por presentaros con cierta complacencia, como un hombre joven todavía, de buena salud, fuerte y de figura agradable, cumplido caballero, diestro en esgrima, y hasta valiente cuando se